

Las percepciones sobre la desigualdad en la Argentina. Una mirada desde las clases sociales y el género

*Paula Boniolo, Florencia Morales y Ana Capuano**

Introducción

América Latina ha sido históricamente una de las regiones con los niveles más altos de desigualdad en el mundo. Diversos estudios señalan que la persistencia de estas disparidades se debe, entre otros, a factores estructurales profundamente arraigados, como la concentración del capital, la limitada movilidad social y la insuficiencia de políticas redistributivas (CEPAL, 2021).

A partir de la pandemia de COVID-19, se ha observado un incremento sostenido en la desigualdad, tal como lo indican informes de organismos internacionales (Banco Mundial, CEPAL). Según el último estudio de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL, 2024), el escenario macroeconómico en América Latina se caracteriza por un bajo crecimiento económico,

* *P. Boniolo y F. Morales:* Instituto de Investigaciones Gino Germani. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires (IIGG UBA). Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas.

A. Capuano: Centro Interdisciplinario de Estudios sobre Territorio, Economía y Sociedad, Sede Andina, Universidad Nacional de Río Negro (UNRN).

incertidumbre y un limitado margen para políticas fiscales y monetarias.¹ Datos del Banco Interamericano de Desarrollo (BID, 2024), en América Latina y el Caribe, indican que el 10% más rico de la población percibe ingresos que son, en promedio, 12 veces mayores que los del 10% más pobre, mientras que en los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) esta diferencia es de 4 veces. La pandemia ha profundizado las brechas y desigualdades preexistentes, y a exacerbado sus efectos.

En las últimas décadas, la desigualdad ha adquirido un papel central en la sociedad argentina. Tras el agotamiento de las mejoras económicas logradas a principios de este siglo, el país enfrenta un período de estancamiento económico, caracterizado por fluctuaciones en la actividad productiva, un crecimiento limitado del empleo registrado, aumento de la pobreza, crisis del sector externo, altos niveles de inflación y un elevado endeudamiento con organismos multilaterales (Poy *et al.*, 2023; Dalle, 2022; Castellani y Anchorena, 2020). Estas problemáticas se agravaron con la pandemia de COVID-19, que afectó gravemente la actividad económica, destruyó empleos y amplió la brecha en la distribución del ingreso, lo que incrementó la pobreza y erosionó el poder adquisitivo de los hogares más vulnerables (Actis Di Pasquale *et al.*, 2022; Díaz Lagou y Della Paolera, 2021; Manzanelli *et al.*, 2020). Los datos de pobreza y desigualdad más recientes reflejan esta situación: en el último semestre, el 42,5% de los hogares se encontraba por debajo de la línea de pobreza, lo que representa 15.685.603 personas, de las cuales el 13,6% —es decir, 5.379.588 personas— se encuentran por debajo de la línea de indigencia (INDEC, 2024). Durante este mismo período, el coeficiente de Gini, que mide la desigualdad, alcanzó un valor de 0,467, lo que supone un aumento respecto al año 2023, cuando fue de 0,446 (INDEC, 2023). Este incremento resulta especialmente preocupante si se considera que el nivel actual supera al registrado en 2020, en pleno auge de la pandemia (0,451), y constituye el valor más alto desde el año 2008. Estos indicadores reflejan las desigualdades persistentes en la estructura socioeconómica argentina, marcadas por las problemáticas descriptas previamente. A ello se suman las políticas económicas y laborales implementadas por el actual gobierno de La libertad Avanza, que parecen acelerar estos procesos y auguran un escenario de profundización de la pobreza y la desigualdad en los próximos años.

¹ La actividad económica presenta bajas tasas de crecimiento. Si bien creció un 1,5% respecto del mismo período del año anterior, lo que se observa es que ese incremento fue menor del 2% durante tres trimestres consecutivos y se alejó del 4,5% del tercer trimestre de 2022.

Varias investigaciones han abordado estas problemáticas diferenciando entre los cambios coyunturales derivados de la pandemia y las transformaciones estructurales de largo plazo que podrían tener una incidencia en la modificación de la sociedad (Salvia *et al.*, 2022; Benza y Kessler, 2021). Otros estudios han identificado los efectos de la “doble crisis” (prepandemia y pandemia) sobre las reconfiguraciones laborales y las condiciones de vida de los hogares (Dalle y Actis Di Pasquale, 2021; Boniolo y Estevez Leston, 2022; Poy, 2021; Gallo *et al.*, 2022). También se ha analizado la problemática laboral, haciendo énfasis en cómo afecta de manera diferenciada a los trabajadores formales e informales (Actis Di Pasquale y Dalle, 2021; Maceira, 2021; Donza, 2022), destacándose un fenómeno creciente: la pobreza dentro de la población ocupada (Chávez Molina y Rodríguez de la Fuente, 2022). Este fenómeno puede inscribirse en los procesos de desigualdad estructural que atraviesan los mercados de trabajo de los países periféricos (Poy y Alfageme, 2022). Por último, cabe mencionar los trabajos que examinan las desigualdades entre posiciones de clase en el ámbito laboral, los ingresos y el consumo de los hogares, analizando las recientes reconfiguraciones de la estructura de clases en la Argentina en el marco de esta doble crisis (Benza *et al.*, 2022).

Algunas de estas investigaciones se enmarcan en los estudios que realizamos dentro del Programa de Investigación Regional Comparativa (PIRC), iniciado en 2020, donde abordamos los procesos de igualdad y desigualdad en la estructura social argentina, resultantes de la doble crisis prepandemia y pandemia, y sus efectos en la posterior etapa de reactivación económica. En este segundo proyecto, además de continuar con el análisis de las características y los efectos de la desigualdad social, buscamos caracterizar las disputas por la igualdad social y distributiva en la pospandemia, y analizamos representaciones y posicionamientos, principios de justicia distributiva y narrativas de legitimación y sus interrelaciones con las posiciones de clase, género y edad. El análisis de las percepciones sobre las desigualdades que aborda este artículo se inscribe en este objetivo.

Las vinculaciones entre la realidad distributiva, la percepción y la evaluación de las desigualdades no son lineales (PNUD, 2021; Choi, 2019). Investigaciones internacionales muestran un aumento en las diferencias entre indicadores socioeconómicos (ingresos, ocupación, educación) y la percepción sobre la posición que las personas ocupan en la sociedad (Mac-Clure, Barozet y Franetovic, 2024). En este sentido, algunos estudios sostienen que los estratos bajos tienden a padecer más la desigualdad y a confrontarla, apoyando medidas redistributivas (McCall, 2013; Castillo *et al.*, 2019; Segovia y Gamboa, 2015).

Existen también posiciones intermedias que observan la trama multidimensional de factores como la educación, la orientación ideológica, la etnia, el género y la generación, la posición económica, los imaginarios nacionales y las tradiciones políticas de clases (Cruces y Tetaz, 2009; Cuneo, 1996; Scalón, 2004).

En los últimos años se observa un incremento de las investigaciones sobre las percepciones de la desigualdad. Se destacan estudios que abordan actitudes y creencias sobre la desigualdad en Chile (Garretón y Cumsille, 2002, Mac-Clure, Barozet y Franetovic, 2024), trabajos que indagan sobre cuánta desigualdad se percibe, cómo se evalúa, se juzga y se demanda en materia de igualdad en América Latina (Assusa y Kessler, 2021), investigaciones que indagan en qué medida la desigualdad económica es percibida por la población, es clasificada y adquiere significación, y cómo esto podría repercutir en actitudes de tolerancia que legitiman situaciones de desigualdad (Castillo *et al.*, 2012) o la cuestionan y resignifican (Grimson, 2015). En la misma línea se destacan aquellos trabajos que indagan sobre la comprensión de los procesos de producción y reproducción de las desigualdades sociales y la vinculación con el sistema de representaciones sociales que existen en una sociedad en torno a estas diferencias (Rodríguez, 2014). A esta línea de trabajo se suma aquella que incorpora el concepto de meritocracia desde la percepción y creencia también entendida como forma de legitimación de desigualdad en relación con criterios de esfuerzo y talento (Castillo *et al.*, 2019). Por su parte, Assusa y Kessler (2021) sostienen que la percepción de la desigualdad implica una evaluación subjetiva que combina posicionamientos ideológicos e interpretaciones diferenciadas según la posición en la estructura social y los principios de justicia en conflicto.

En este contexto, nos preguntamos por las percepciones de la desigualdad en la argentina contemporánea: ¿las personas consideran que la sociedad argentina es una sociedad desigual?; ¿en qué aspectos se percibe mayor o menor desigualdad?; ¿hay diferencias entre las percepciones de desigualdad según la edad, el género o la clase social de las personas?; ¿y según el nivel educativo?; ¿las clases sociales más desfavorecidas tienden a percibir mayor desigualdad?; y ¿en qué aspectos perciben más o menos desigualdad?

Percepción de la desigualdad, aproximaciones conceptuales

En algunos de sus trabajos más destacados, Dubet (2011, 2015) plantea una pregunta clave: cuando hablamos de desigualdad, ¿podemos referirnos a condiciones objetivas independientemente de las interpretaciones subjetivas de la desigualdad que hacen los individuos? Además, ¿las percepciones de

desigualdad no son en sí mismas construcciones con consecuencias objetivas particulares? Estos interrogantes nos llevan a reflexionar sobre los efectos que produce la percepción de las desigualdades en la conformación de las sociedades contemporáneas.

En su enfoque, Dubet (2020) sostiene que las desigualdades y su percepción no pueden jerarquizarse únicamente en función de criterios objetivos, como el nivel de ingresos. Las personas actúan en función de las percepciones sobre las desigualdades que observan en su vida cotidiana. En este sentido, las desigualdades son múltiples y se experimentan en diversas dimensiones: los ingresos, el empleo, el género, la educación, la salud, entre otros aspectos. Estas dimensiones de desigualdad se vivencian a través de los “autoposicionamientos”, lo que lleva a que las percepciones sean independientes de las categorías tradicionales de desigualdad objetiva.

Dubet también argumenta que estas percepciones no derivan directamente de la posición social de los individuos, sino que las personas evalúan las desigualdades de acuerdo con principios de justicia y representaciones sociales que van más allá de sus propios intereses.² La magnitud de las desigualdades sociales se vincula, por tanto, a la forma en que estas son percibidas, vividas y criticadas, lo que genera variaciones en las percepciones en función de las concepciones de justicia social predominantes en cada sociedad. El autor sostiene que las sociedades contemporáneas experimentan un doble fenómeno: por un lado, la aparición de nuevas formas de desigualdad, y por otro, la acumulación de “desigualdades minúsculas”, es decir, aquellas vinculadas a las diferencias cotidianas con personas cercanas. Estas desigualdades más inmediatas, al percibirse como reales, tienen un impacto mayor en nuestras percepciones de la desigualdad, en comparación con las grandes desigualdades, que tienden a ser más abstractas. Esto sugiere que no existe una relación directa entre la magnitud de las desigualdades y las percepciones sociales sobre ellas, ni en el modo en que se justifican o generan indignación. En las sociedades actuales las desigualdades se experimentan a través de múltiples categorías (edad, condición salarial, nivel educativo, lugar de residencia, entre otras), hecho que transforma la manera en que vivimos la desigualdad, desplazando el enfoque desde las posiciones sociales tradicionales hacia una experiencia más individualizada. Al vivir las desigualdades de manera individual, las comparaciones que realizamos suelen

² Para el desarrollo de estos temas se recomiendan las lecturas de los artículos de este libro, que analizan los resultados de los grupos focales realizados en el marco del Proyecto.

centrarse en quienes nos son más cercanos, lo que genera una desconexión entre las situaciones personales y las grandes desigualdades estructurales.

Diversos estudios sugieren que el impacto de la desigualdad no es homogéneo entre la población y que ciertos grupos sociales perciben estas brechas de manera más pronunciada que otros (Dubet, 2011; Sen, 2009). Estos autores afirman que, si bien las percepciones de desigualdad están influidas por factores objetivos como el nivel de ingresos o la ocupación, también dependen de aspectos subjetivos como la identidad, el género, la edad y el nivel educativo.

Assusa y Kessler (2021) identifican tres aspectos clave para el estudio de las percepciones: la percepción de desigualdad está asociada a la distribución de recursos, de manera que mejoras en la distribución generan expectativas, mientras que el estancamiento o mejoras leves se perciben como una distribución injusta; la desigualdad objetiva, las percepciones y las demandas de igualdad están interrelacionadas y vinculadas a diversas formas de tolerancia, naturalización y expectativas propias de cada grupo social; no existe homogeneidad en las valoraciones sobre la igualdad, ya que estas son multidimensionales y, en ocasiones, ambiguas.

Amartya Sen (2009) sostiene que la desigualdad debe entenderse no solo en términos materiales, sino también en cuanto a las capacidades o libertades reales que las personas tienen para llevar la vida que valoran. De manera similar, Dubet (2011) argumenta que la desigualdad es una experiencia vivida, íntimamente relacionada con el reconocimiento social y la justicia relacional, lo que influye en la manera en que distintos grupos perciben su situación en la sociedad.

Siguiendo a Fraser, considerar las percepciones sobre la desigualdad se vuelve fundamental para la legitimidad del sistema político, la percepción de justicia y las políticas del reconocimiento como las reivindicaciones de las minorías étnicas, raciales y sexuales, así como de la diferencia de género (Fraser, 1997).

En este contexto, nos interesa hacernos preguntas sobre quiénes son las personas que perciben mayor desigualdad según el género, la edad, el nivel educativo y la clase social, y cuáles son las desigualdades que se perciben en la Argentina. Para responder estas preguntas hemos construido un índice de percepción de desigualdades (IPD) sobre la base de algunas preguntas del cuestionario acerca de los niveles de percepción de desigualdad en el acceso y la calidad del empleo, el ingreso, la educación, la salud y la vivienda en la Argentina. Con él se pretende captar qué porcentaje de la población percibe mayores niveles de desigualdad y a qué características se encuentran asociados. Además, se incorporó la pregunta por la percepción de la desigualdad asociada a atributos personales asignados o adquiridos como el género, la etnia o el

color de piel y las posiciones socioeconómicas. A continuación, se describe la metodología utilizada.

Datos y métodos

En este capítulo empleamos un abordaje metodológico cuantitativo que analiza los datos recolectados en la Encuesta Nacional sobre Estructura Social Argentina y Políticas de Igualdad (ESAyPI) realizada en 2024. Esta encuesta tiene un diseño muestral probabilístico, representativo a nivel nacional, y abarca un total de 1.504 casos. El universo de estudio incluye a personas residentes en la Argentina de 18 a 64 años, y recoge información detallada sobre la ocupación principal de quienes fueron encuestados.

La estrategia de análisis estadístico utilizada combina técnicas descriptivas, como la lectura de tablas, con técnicas inferenciales mediante modelos de regresión lineal multivariada. Este enfoque permite identificar y modelar factores que aportan evidencia para explicar la percepción de desigualdad en la Argentina contemporánea.

Utilizamos la pregunta 2 del cuestionario que indaga sobre los niveles de desigualdad percibidos en la Argentina en el acceso a cinco áreas clave de la vida social: ingresos, empleo, vivienda, educación y salud. En función de las respuestas graduadas de esta pregunta (“Nada desigual”, “Poco desigual”, “Algo desigual” y “Muy desigual”), construimos un índice sumatorio con el objetivo de desplegar un análisis de regresión lineal para evaluar el comportamiento de diferentes variables explicativas, a fin de aproximarnos a quiénes son las personas que perciben mayor desigualdad en el acceso a estos derechos básicos. A este índice lo denominamos IPD.

La construcción del IPD se llevó a cabo siguiendo los criterios estándar para el análisis de escalas tipo Likert. Esto se debe a que las opciones de la pregunta para evaluar percepciones de desigualdades plantearon los encuestados opciones de respuesta graduadas, propias de este tipo de escalas: “Nada desigual”, “Poco desigual”, “Algo desigual” y “Muy desigual”. A cada una de estas opciones se le asignó un valor del 1 al 4, en ese orden. El índice resultante tiene un rango que va de 20, en el caso de personas que hayan optado por responder “Muy desigual” en los 5 ítems de las preguntas: ingresos, empleo, vivienda, educación y salud; y la sumatoria mínima de 5 en el caso de las personas que hayan contestado “Nada desigual” en cada ítem.

Para aproximarnos a captar el perfil de las personas que perciben mayores y menores niveles de desigualdad en el país, realizamos en esta sección un

análisis de regresión lineal multivariada, incluidas variables sociodemográficas y estructurales como género, edad, nivel educativo y clase social. En el caso del género, trabajamos con las categorías binarias varón-mujer, y para la edad construimos tres grupos: 18-29 años, 30-49 y 50 años o más. En nivel educativo, diferenciamos entre quienes contestaron tener el secundario completo o menos, y quienes tienen nivel terciario incompleto y más. Para analizar la clase social, se trabajó con el esquema de clase presentado por Maceira y Elbert en este mismo volumen.³

Dado que la desigualdad es percibida desde múltiples dimensiones, también se incorporó en el análisis cómo se perciben –según determinados atributos– las diferencias de género, color de piel y posición económica. Para ello se empleó la pregunta cerrada 16 de la sección dos del cuestionario, que indaga sobre cómo perciben en la sociedad argentina los niveles de desigualdad personas de distinto género, de distinta etnia o color de piel, ricos y pobres, y entre clases sociales. Las opciones de respuesta, al igual que la pregunta anterior, también consideraban la escala “Muy desigual”, “Algo desigual”, “Poco desigual” y “Nada desigual”. Para incluir esta pregunta en el análisis estadístico se consideró cada uno de los ítems por separado como variables independientes, y se reagruparon las opciones de respuesta de manera dicotómica: “Muy y algo desigual” y “Poco y nada desigual”.

³ Se trata de un esquema que distingue las dos clases fundamentales, esto es, empresarios, altos directivos y gerentes (que constituyen la burguesía), y la clase trabajadora, dando cuenta de la heterogeneidad interna de esta última a partir de demarcaciones que refieren a los niveles de calificación, la regulación del vínculo salarial y el carácter excedente respecto de la acumulación del capital. Esto lleva a diferenciar aquí tres estratos: el asalariado técnico, el asalariado regular de calificaciones medias o bajas, el proletariado informal (constituido por el asalariado no regulado, las trabajadoras en casas particulares, los beneficiarios de programas de planes de empleo, el cuentapropismo no calificado o changuista, y los abiertamente excedentes). Entre una y otra clase fundamental, se distingue un conjunto de posiciones intermedias. Por un lado, la pequeña burguesía (que es la clase media tradicional del capitalismo, considerada una clase transicional, en el sentido de que expresa relaciones de carácter mercantil simple y por tanto de cuño histórico anterior al capitalismo propiamente dicho) que constituida a la vez por la pequeña burguesía calificada (cuadros profesionales y técnicos) y la llamada pequeña burguesía pobre (sin calificación específica pero con algún medio de poco porte en propiedad u oficio). Por otro lado, las “posiciones contradictorias de clase”, en la medida en que expresan intereses de las distintas clases contradictorias (Carchedi, 1977; Wright, 1994), esto es, el asalariado que ejerce funciones de control delegadas por el capital (directores medios y jefes) y el asalariado experto, de calificación profesional. Finalmente, distinguimos estos asalariados según su ámbito de inserción, siguiendo hallazgos de investigaciones anteriores (Maceira y Nardin, 2024) que dieron cuenta de sus diferentes posicionamientos sobre política pública.

La estrategia metodológica se desarrolla de manera secuencial, con un análisis descriptivo de las variables que abordan las percepciones de desigualdad (cuadros 1 a 3). Posteriormente, se presenta el modelo de regresión (cuadro 4). Este enfoque permite evaluar el efecto de las variables independientes (género, edad, nivel educativo, clase social y percepción de desigualdad según atributos) sobre la variable dependiente (IPD).

La regresión lineal es particularmente útil en este caso, ya que permite analizar una variable dependiente cuantitativa como es nuestro índice IPD. En este estudio, utilizamos este modelo para evaluar cómo las distintas dimensiones de la desigualdad –ingresos, empleo, vivienda, educación y salud– son percibidas según las características de los encuestados. Asimismo, calculamos razones de riesgo relativas que nos permiten comparar el impacto de las diferentes categorías de las variables independientes sobre las percepciones de desigualdad.

A partir del análisis multivariado y el cálculo del IPD, buscamos identificar si factores como el género, la clase social, la edad y el nivel educativo influyen en la percepción de la desigualdad. Una de las hipótesis que organiza este trabajo es que las mujeres, los jóvenes y las personas ocupadas en el sector informal tienden a percibir niveles más altos de desigualdad. En cuanto al nivel educativo, se espera un nivel de sensibilidad mayor que los niveles de desigualdad en personas con niveles educativos más altos. Según el género, se espera que las mujeres perciban niveles de desigualdad en ingresos y empleo más elevados que los varones, asociados con la brecha salarial y la segmentación laboral por género (Goren y Trajtemberg, 2018; Actis Di Pasquale y Lanari, 2010; Esquivel, 2007).

Análisis de la percepción de la desigualdad en la Argentina

Como punto de partida, tomamos el análisis de una pregunta de percepción general de la desigualdad en la Argentina. En el cuadro 1 vemos que más de la mitad de las personas encuestadas identifican que el país es muy desigual, mientras que solo cerca de un 1% respondieron no percibir desigualdad alguna. Si consideramos las opciones “Muy desigual” y “Algo desigual” juntas, entre esas dos categorías queda englobado el 89% del total de encuestados. A esta mirada de un conjunto mayoritario de personas que percibe algún tipo de desigualdad nos interesa poder desagregarla. ¿Hay diferencias en la percepción de un país desigual entre varones y mujeres? Como se muestra a continuación, hay aproximadamente 8 puntos porcentuales (pp.) de diferencia entre mujeres y varones en la categoría “Muy desigual”, diferencia que no es significativa entre las opciones “Nada desigual” o “Poco desigual”.

Cuadro 1. Niveles de percepción de la desigualdad en la sociedad argentina según el género. Población de 18 a 64 años residentes en zonas urbanas. Argentina, 2024 (en %)

Niveles de desigualdad	Género		Total
	Varón	Mujer	
Muy desigual	48,53	56,19	52,53
Algo desigual	39,79	33,12	36,31
Poco desigual	10,06	9,84	9,94
Nada desigual	1,62	0,85	1,22
Total	100 (724)	100 (773)	100

Fuente: elaboración propia según ESAyPI, PIRC-ESA (2024).

Si tomamos como referencia la pregunta que indaga sobre la percepción de desigualdad asociada al acceso y la calidad en el empleo, la vivienda, los ingresos, la educación y salud, observamos, en los cuadros 2 y 3, que las mayores desigualdades se perciben en los ingresos, seguido de la calidad y el acceso a la vivienda, y luego el empleo. Si lo analizamos según el género, se identifican algunos contrastes en cada aspecto. Siguiendo la tendencia del cuadro anterior, se observa que las mujeres perciben en todos los casos mayor desigualdad que los varones.

En cuanto a las percepciones sobre la desigualdad de los ingresos, el 63,5% de las mujeres percibe que existe una “gran desigualdad”, frente al 58,14% de los varones. Esto indica que las mujeres son más propensas a identificar disparidades en la distribución de ingresos, lo que puede estar relacionado con la persistente brecha de género en la distribución de ingresos (laborales y no laborales), donde las mujeres están sobrerrepresentadas en los deciles de menores ingresos.⁴ También, la mayor percepción de la desigualdad del ingreso en las mujeres puede estar asociada con las dificultades de acceso y permanencia en el empleo, y las barreras que encuentran para acceder a puestos directivos, conocido como “techo de cristal” (Esquivel, 2007; Trombetta y Cabezón Cruz, 2020; Casal y Barham, 2013; Urquidi y Chalup, 2023).

⁴ Según datos del INDEC del segundo trimestre de 2023, los varones ganan un 27,7% más que las mujeres (INDEC, 2023).

Cuadro 2. Niveles de percepción de desigualdad en los ingresos, el acceso y la calidad del empleo y la vivienda, la educación y la salud en varones de 18 a 64 años que residen en zonas urbanas. Argentina, 2024 (en %)

Niveles de desigualdad	Ingresos	Empleo	Vivienda	Educación	Salud
Muy desigual	58,14	44,37	46,08	36,88	40,75
Algo desigual	33,7	39,73	36,5	39,71	35,84
Poco desigual	8,05	15,01	15,99	19,74	19,48
Nada desigual	0,11	0,89	1,43	3,68	3,94
Total	100 (727)	100 (727)	100 (727)	100 (727)	100 (727)

Fuente: elaboración propia según ESAyPI, PIRC-ESA (2024).

Cuadro 3. Niveles de percepción de desigualdad en los ingresos, el acceso y la calidad del empleo y la vivienda, la educación y la salud en mujeres de 18 a 64 años que residen en zonas urbanas. Argentina, 2024 (en %)

Niveles de desigualdad	Ingresos	Empleo	Vivienda	Educación	Salud
Muy desigual	63,5	56,48	57,26	44,72	54,51
Algo desigual	31,27	34,05	33,68	36,71	30,9
Poco desigual	5,08	8,69	8,77	16,52	12,62
Nada desigual	0,18	0,83	0,29	2,05	1,97
Total	100 (777)	100 (777)	100 (777)	100 (777)	100 (777)

Fuente: elaboración propia según ESAyPI, PIRC-ESA (2024).

Respecto de las percepciones de la desigualdad en el acceso y la calidad del empleo, el 56,48% de las mujeres considera que la Argentina es “Muy desigual”, en contraste con el 44,37% de los varones. Los varones muestran una percepción más repartida entre las categorías “Muy desigual” y “Algo desigual”. Esta diferencia es significativa y podría explicar la percepción de mayor desigualdad entre las mujeres, por un lado, porque son las que están expuestas a más inestabilidad laboral y desocupación y, por otro lado, porque tienen menor participación en empleos formales. Como indica la bibliografía, los datos dan cuenta de una sobrerrepresentación de mujeres en ocupaciones precarias y no registradas (Espino, 2012), siendo el caso típico el de trabajadoras de casas particulares (Groisman y Sconfienza, 2013; Gorbán y Tizziani, 2019).

Los datos sobre la percepción de la desigualdad en el acceso y la calidad de la vivienda muestran que el 57,26% de las mujeres percibe que es “Muy desigual”, en comparación con el 46,08% de los varones. Esto puede estar vinculado a que las mujeres, especialmente en contextos de pobreza, suelen asumir la carga del cuidado del hogar y son más vulnerables a condiciones de vivienda precarias.

En el caso de la percepción sobre las desigualdades en la educación, el 44,72% de las mujeres y el 36,88% de los varones creen que es “Muy desigual”. Las mujeres son más críticas respecto al acceso y la calidad educativa; una explicación posible podría ser que, debido a los roles de género, son quienes mayormente se encargan de garantizar y acompañar la escolarización de sus hijos.

Finalmente, las percepciones sobre las desigualdades en la salud muestran diferencias más marcadas: el 54,51% de las mujeres percibe que es “Muy desigual”, frente al 40,75% de los varones. Esto podría ser explicado por la relación que establecen las mujeres con el sistema de salud como consecuencia de la atención vinculada a su salud reproductiva y la atención médica general, y también por ser el principal acompañante a los centros de salud de los integrantes de su familia.

En resumen, hallamos un alto nivel de percepción de la desigualdad en la Argentina contemporánea, reflejado en que más del 50% de los encuestados identifican que vivimos en una sociedad “Muy desigual” y un 36% la percibe como “Algo desigual”. Esto contrasta con solo un 1% que no percibe desigualdad alguna. La mayor desigualdad percibida en el país, tanto en varones como en mujeres, es la desigualdad en los ingresos que supera el 60%.

Cuando observamos las percepciones de desigualdad según el género, encontramos que las mujeres tienden a percibir mayores niveles de desigualdad en todas las áreas estudiadas en comparación con los varones. Este hallazgo sugiere que las mujeres están más expuestas a las desigualdades estructurales en ingresos, empleo, vivienda, educación y salud, lo que puede estar relacionado con las múltiples formas de discriminación y desventajas que enfrentan.

Cuadro 4. Regresión lineal multivariada. Índice de percepción de desigualdad según variables sociodemográficas, posición socioocupacional y percepción de tipos de desigualdad. Población económicamente activa de 18 a 64 años que reside en zonas urbanas. Argentina, 2024 (en %) en la Argentina

Variables	Modelo 1	Modelo 2
Género (ref. "Varón")		
Mujer	0,780*** (4,37)	0,381* (2,28)
Nivel educativo (ref. Terciario incompleto y más)		
Secundario completo y menos	0,0466 (0,22)	0,202 (1,04)
Edad (ref. 18 -29 años)		
30-49 años	0,322 (1,55)	-0,0104 (-0,05)
50 años o más	0,360 (1,48)	0,564* (2,54)
Esquema de clases (ref. empresarios, gerentes y funcionarios)		
Autónomos calificados	1,107* (2,00)	1,060* (1,98)
Directivos medios, jefes y profesionales privados	0,337 (0,68)	188 (-0,38)
Directivos medios, jefes y profesionales públicos	1,666** (2,71)	1,383* (2,50)
Autónomos con medios y cuentapropistas	0,0896 (0,20)	0,740 (1,76)
Asalariados técnicos	0,797 (1,69)	1,089* (2,50)
Asalariados regulados de calificaciones	0,0805 (1,9)	0,508 (1,26)
Proletariado informal	0,838 (1,92)	0,926* (2,28)
Percepción de desigualdad de género (ref. "Poco desigual" y "Nada desigual")		
Muy y algo desigual		0,370 (1,67)
Percepción de desigualdad étnica (ref. "Poco desigual" y "Nada desigual")		
Muy y algo desigual		1,176*** (5,42)
Percepción desigualdad ricos y pobres (ref. "Poco desigual" y "Nada desigual")		
Muy y algo desigual		0,791* (2,22)
Percepción desigualdad de clases (ref. "Poco desigual" y "Nada desigual")		
Muy y algo desigual		1,670*** (5,10)
Constante	15,71*** (36,31)	12,52*** (24,86)
Pseudo R2	0,051	1,838
N	1104	1091

estadísticas t entre paréntesis

* p < 0,05, ** p < 0,01, *** p < 0,001

Fuente: elaboración propia según ESAyPI, PIRC ESA(2024).

El análisis de regresión 1 se evidencia que la percepción de las desigualdades está influenciada por diversos factores sociodemográficos, particularmente el género, la edad y la intersección de varias formas de desigualdad. En primer lugar, como mencionamos previamente, los datos sugieren que las mujeres tienen una mayor probabilidad de percibir desigualdades en comparación con los hombres. Este hallazgo está en consonancia con las teorías que abordan la percepción social de las desigualdades, las cuales sostienen que las personas que pertenecen a grupos históricamente marginados o desfavorecidos, como las mujeres, son más sensibles a las disparidades estructurales (Fraser, 1997; Sen, 2009). La mayor exposición a formas de discriminación y desventajas podría explicar esta mayor percepción sobre las desigualdades.

Asimismo, se observa una relación positiva entre la edad y la percepción de desigualdad, siendo más evidente en los grupos etarios mayores, a partir de los 50 años, que perciben más las desigualdades. Esta tendencia podría estar relacionada con el proceso de socialización política y el acumulado de experiencias de vida, que permiten a las personas desarrollar una mayor conciencia crítica sobre las disparidades sociales en el contexto de la historia social en el que se ha producido (Mannheim, 1952). Las personas mayores de 50 años podrían haber vivido distintas experiencias de vida y privaciones en diferentes contextos sociopolíticos y económicos, lo que les permite comparar situaciones históricas y contemporáneas, e incrementar así su sensibilidad hacia las desigualdades actuales.

Otro aspecto relevante del análisis es que aquellas personas que perciben una mayor desigualdad tienden a reconocer también otras formas de desigualdad, particularmente relacionadas con el color de piel y las clases sociales. Este hallazgo sugiere una interseccionalidad en la percepción de las desigualdades, alineada con los planteamientos de Crenshaw (1989) sobre cómo diferentes ejes de opresión (raza, clase, género) se entrelazan para formar experiencias únicas de marginalización. Las personas que reconocen las desigualdades estructurales en un área específica pueden tener una mayor disposición a identificar desigualdades en otras, en el marco de las agendas propias de la época y de las discusiones públicas sobre derechos, respecto a las minorías y la tolerancia, lo que refuerza la idea de que la conciencia social de las desigualdades no es un fenómeno aislado, sino interconectado y contextualizado en los debates de la época.

Si nos detenemos en el modelo 1 en la clase social, considerando a los empresarios, gerentes y funcionarios como categoría de referencia, los resultados muestran que los autónomos calificados, los directivos públicos, los asalariados

técnicos, los trabajadores informales y los desocupados con alta calificación perciben una mayor desigualdad en comparación con los empresarios, gerentes y funcionarios (estadísticamente significativas). Sin embargo, en otras clases como los directivos privados o los asalariados calificados, las diferencias en la percepción de la desigualdad no son significativas. Las diferencias en la percepción de la desigualdad entre las clases sociales pueden interpretarse como el reflejo de estas distintas posiciones en el sistema de estratificación. Los autónomos calificados, directivos públicos, asalariados técnicos, trabajadores informales y desocupados con alta calificación son grupos que, a pesar de tener ciertas calificaciones o posiciones, enfrentan mayores niveles de inseguridad económica o limitaciones en sus oportunidades de ascenso social. Los autónomos calificados y asalariados técnicos, aunque poseen calificaciones y habilidades, tienen una posición en el mercado laboral más inestable en comparación con los gerentes o empresarios. El acceso desigual a la estabilidad y la previsibilidad económica puede aumentar la percepción de la desigualdad, ya que estos grupos experimentan las barreras estructurales que limitan sus oportunidades, pese a tener formación y experiencia. Los directivos del sector público, aunque en posiciones de responsabilidad, se encuentran en un ámbito en el que los salarios tienden a ser más regulados y generalmente más bajos que en el sector privado, lo que podría generar una percepción de mayor desigualdad, especialmente en comparación con los directivos del sector privado. Esta percepción también puede estar influenciada por la visión de las desigualdades de recursos entre el sector público y privado que atraviesa la discusión política y los aumentos de paritarias en función de la inflación.

La percepción de desigualdad entre los trabajadores informales y los desocupados con alta calificación puede explicarse en términos de su lugar en la estructura social y sus condiciones laborales, ya que están más expuestos a la precarización del trabajo y a la exclusión del mercado laboral formal. Esto incrementa su percepción de las desigualdades estructurales y económicas. La creciente inseguridad laboral puede generar una mayor percepción sobre las desigualdades a partir de evaluar su fragilidad laboral. La falta de acceso a seguridad social, beneficios laborales y la vulnerabilidad frente a fluctuaciones económicas incrementa su percepción de la desigualdad. La informalidad representa una falta de derechos básicos, lo que intensifica la percepción de injusticia económica y social y la necesidad de justicia distributiva. Los desocupados con alta calificación se encuentran fuera del sistema laboral formal, lo que genera una percepción de desigualdad derivada de la desconexión entre su formación educativa y las oportunidades de empleo, con una mayor

desigualdad y barreras estructurales que impiden mejorar las condiciones laborales pese a su calificación.

La percepción de la desigualdad se relaciona así con la posición ocupacional y las condiciones laborales. Aquellos que experimentan inseguridad laboral, precarización o exclusión del mercado laboral formal perciben una mayor desigualdad en comparación con las clases más estables, como los empresarios, gerentes y funcionarios. Esta percepción está influenciada por su vulnerabilidad en términos estructurales, que varía según la clase social, el sector de trabajo y la estabilidad en el mercado laboral.

En el modelo 2, incluimos la pregunta 16 y observamos cómo las pautas se mantienen respecto del género, la edad y clase social, y observamos que, aunque en menor medida, también se observa una correlación entre la percepción de la desigualdad de clase (medido entre ricos y pobres) y la percepción de desigualdades de género. Este vínculo puede ser explicado a través de teorías que destacan la naturaleza multidimensional de las desigualdades (Fraser, 1997; Dubet, 2011), donde las diferentes formas de desigualdad social no se experimentan ni se perciben de manera independiente, sino como parte de las experiencias sociales y la posición en la estructura social de las personas.

En el análisis de datos observamos que las mujeres tienen una mayor tendencia a percibir desigualdades en nuestra sociedad. Al ser las desigualdades vividas y percibidas de manera subjetiva (Dubet, 2011), podemos argumentar que las mujeres al enfrentar múltiples formas de desigualdad son más susceptibles a experimentarla y reconocerla.

Consideraciones finales

En este artículo nos preguntamos cómo se perciben las desigualdades en la Argentina contemporánea y pusimos en consideración si factores sociodemográficos como el género, la edad y la clase social tenían algún grado de influencia sobre esas percepciones. Para ello construimos un IPD que nos permitió analizar el impacto de diferentes variables explicativas, como el género, la edad, el nivel educativo y la clase social, a fin de identificar quiénes son las personas que perciben mayor desigualdad en los ingresos, la calidad y el acceso al empleo, la calidad y el acceso a la vivienda, el acceso a la educación y el acceso a la salud. Posteriormente aplicamos una regresión lineal multivariada.

En el análisis se evidencia que la percepción de las desigualdades está influenciada por el género, la edad y la intersección de varias formas de desigualdad.

En esa intersección podemos ubicar a las mujeres, la posición ocupacional, las condiciones laborales (trabajadores informales y desocupados calificados) y a las personas de mayor edad, elementos que sugieren una interseccionalidad en estas percepciones, ya que son los grupos sociales más susceptibles que experimentan y por lo tanto reconocen diversas formas de desigualdad. Estos hallazgos están en consonancia con las perspectivas sobre la percepción de las desigualdades previamente descriptas (Fraser, 1997; Sen, 2009; Dubet, 2011, 2015, 2020) que sostienen que las personas pertenecientes a grupos desfavorecidos y expuestos a mayores formas de discriminación socialmente son más sensibles a las disparidades estructurales y es por ello por lo que tienen una mayor percepción de las desigualdades. Asimismo, destacamos que aquellas personas que perciben una mayor desigualdad reconocen otras formas de desigualdad tales como el color de la piel y las clases sociales. Como mencionamos previamente, las personas que reconocen las desigualdades estructurales en un área específica tienden a identificar desigualdades en otras áreas, cuya definición está dada por las temáticas relevantes en cada época y las discusiones públicas sobre el acceso a derechos, lo que refuerza los análisis que indican que la percepción de las desigualdades no es un fenómeno solo basado en las experiencias o en la posición en la estructura social, sino vinculado y contextualizado en los debates de la época y en sistemas ideológicos previamente constituidos que permean las valoraciones y percepciones.

Finalmente, se observa una correlación entre la percepción de las desigualdades de clase y de género, lo que refuerza la idea de que las diversas formas de desigualdad social no se experimentan de forma aislada, sino que están interrelacionadas dentro de una trama de significación social más amplia, donde las valoraciones y percepciones tienen en cuenta visiones sobre la dominación y jerarquización social a partir del contexto y los conflictos sociales de la época. En conjunto, este análisis pone de relieve la importancia de considerar las múltiples dimensiones que configuran la percepción de las desigualdades sociales, para comprender cómo estas percepciones varían según el género, la edad, la clase social y posición ocupacional vinculadas a cómo las personas vivencian y padecen las desigualdades en la vida cotidiana. Estos datos pueden ser insumos para diseñar políticas públicas que aborden las desigualdades estructurales de manera más efectiva y articulada, y que promuevan una mayor justicia distributiva en la sociedad argentina.

Bibliografía

- Actis Di Pasquale, E. y Dalle, P. (2021). “El impacto de la doble crisis de la prepandemia y la pandemia en las tendencias ocupacionales en la Argentina (2003-2020)”. *Tramas*, vol. 15, n° 11, pp. 30-48.
- Actis Di Pasquale, E. y Lanari, M. E. (2010). “Crisis mundial y mercado de trabajo argentino: impacto diferencial entre mujeres y varones”. *Comunicación presentada en IAFFE Annual Conference*, Buenos Aires.
- Actis Di Pasquale, E.; Gallo, M. y Capuano, A. (2022). “El impacto de la doble crisis prepandemia y pandemia sobre el mercado laboral argentino”. *Estructura social de Argentina en tiempos de pandemia*, tomo 1. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Assusa, G. y Kessler, G. (2021). “¿Percibimos la desigualdad ‘realmente existente’ en América Latina?”. *Nueva Sociedad*, n° 293, pp. 25-38.
- Banco Interamericano de Desarrollo (BID) (2024). *¿Listos para despegar? Aprovechar la estabilidad macroeconómica para el crecimiento*. Informe macroeconómico de América Latina y el Caribe 2024.
- Benza, G.; Dalle, P. y Maceira, V. (2022). “Estructura de clases de Argentina (2015-2021): efectos de la doble crisis prepandemia y pandemia en el empleo, los ingresos y los gastos de los hogares”. *Estructura social de Argentina en tiempos de pandemia*, tomo 1. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Benza, G. y Kessler, G. (2021). *La ¿nueva? estructura social de América Latina: cambios y persistencias después de la ola de gobiernos progresistas*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Boniolo, P. y Estévez Leston, B. (2022). “Teletrabajo, cargas de cuidado y estrategias sociohabitacionales en la pandemia de COVID-19”. *Estructura social de Argentina en tiempos de pandemia*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Carchedi, G. (1977). *On the economic identification of Social Classes*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- Casal, M. y Barham, B. (2013). “Penalizaciones salariales por maternidad y segmentación del mercado laboral: el caso de la Argentina”. *Revista CEPAL*, n° 111.
- Castellani, A. y De Anchorena, B. (2020). “La transformación del Estado: desafíos de la función pública en pandemia”. *Pandemia. Desafíos y respuestas desde la sociedad, el Estado y la universidad pública*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Hurlingham.